

CAPÍTULO II:

LA TRANSICIÓN POLÍTICA EN NUESTRO PAÍS

CAPÍTULO II:

LA TRANSICIÓN POLÍTICA EN NUESTRO PAÍS

Introducción al capítulo

En el capítulo anterior desarrollamos una conceptualización básica sobre algunos términos y conceptos propios de la ciencia y comunicación política, mismos que servirán de referente para lograr el objetivo general del presente apartado que es el de contextualizar el escenario propio de la llamada “transición política” mexicana, que podemos definir, muy sumariamente, como el paso de un régimen autoritario con partido hegemónico (PRI), al de una sociedad más abierta y plural, caracterizada por un sistema político pluripartidista, competitivo y con posibilidades de alternancia de los grupos políticos que se disputan el poder en nuestro país. Nos parece que hablar de la transición política en México es imprescindible para poder comprender la coyuntura específica que definió, y aún incide, en el surgimiento y desarrollo del PRD nacional y regional, como organizaciones políticas que han operado como productos y productoras de esta transición democrática.

2.1. Características de la transición

En términos generales, podemos afirmar que la democracia es un orden social en el cual las decisiones mayoritarias de la población controlan las fuentes fundamentales de poder político, económico y social, y donde las minorías gozan del derecho de

representación y de las garantías para organizarse, defender sus ideas y convertirse eventualmente en mayoría (posibilidad de ser gobierno o de la alternancia).

El cierre de milenio estuvo rodeado de un misticismo intrínseco, de un aire generalizado de cambios de fin de mundo, hubo pues, como dice Aguilar Camín, un "aire de muerte y renovación" . Distingue este autor dos procesos sociopolíticos distintivos a finales del siglo recién concluido: Un México que muere caracterizado por viejas realidades como el crecimiento económico sostenido, el modelo de desarrollo con financiamiento externo, el pacto corporativo como eje de la negociación de clases y elites, el presidencialismo omnímodo con su sistema de partido dominante, el nacionalismo como emanación de la cultura estatal posrevolucionaria y la ciudad de México como "ombbligo del país". Por otra parte, en su ensayo "El canto del futuro", expresa:

En el lado del México que nace, están los frutos de la septuagenaria paz mexicana, los hijos sociales de la modernización: Clases medias y ciudadanías emergentes, una nueva sociedad de masas urbana y los aparatos de comunicación que la uniforman con el mismo vaho de expectativas y consumos; una insurrección electoral, una beligerante opinión pública. Y las llamadas del futuro: la aparición de un nuevo centro histórico nacional en el Norte de México, la inserción del país en el mercado mundial mediante la integración con Estados Unidos (y Canadá) y la *economía de maquila*.⁹

¿Cómo entender este basto conjunto de hechos sociales que permitieron iniciar la transición democrática mexicana? Héctor Aguilar Camín sugiere partir de dos premisas fundamentales, de entre muchas posibles. En primer lugar, él tránsito definitivo del país rural al país urbano, y con ello la consolidación de una nueva mayoría social. En segundo lugar, la transición política en dos vertientes: El

⁹ Héctor Aguilar Camín. "El canto del futuro"; en : Héctor Aguilar Camín y otros. **México mañana**, 2da. ed., Océano-Nexos, México. 1988, p. 33.

resquebrajamiento del corporativismo y la transformación paulatina del presidencialismo absoluto, con partido dominante, a una especie de presidencialismo normativo (o acotado) con partido mayoritario. A continuación se abordan estas dos tendencias básicas que Aguilar Camín plantea para tratar de encontrar un punto de conexión que permita explicar las viejas y nuevas realidades de este México que muere y nace a la vez.

2.2. El tránsito de un país tradicional a un país urbano

En 1960, según datos del historiador mexicano antes referido, por primera vez en la historia del país la población considerada urbana fue mayor que la rural. De los 35 millones de mexicanos entonces existentes, el 50.7% vivía ya incorporado a las grandes ciudades. Veinte años después, los 35 millones de habitantes casi se habían duplicado: Ahora eran 67 millones, 66.3% del total del país. El incremento se debió a que el campo mexicano en esos años se convirtió en territorio de expulsión. Ante esta coyuntura los cinturones de miseria de las grandes ciudades se multiplicaron cuando los campesinos emigraron a ellas, también se vieron obligados a buscar la frontera norte del país.

El México rural había sido arrasado por la industrialización y arrancado de su lento tiempo campesino por las velocidades capitalistas del “agribusiness”. La gente con trabajo en el ámbito agropecuario, que eran 57 de cada 100 mexicanos en 1950, fueron 26 de cada 100 en 1980. El campo, tradicional productor de la dieta básica de la población, mostró a mediados de los sesenta sus primeras deficiencias estructurales

derivadas del interés nacional por la utopía industrial de los años cincuenta. De ser un campo generador neto de excedentes para la exportación, pasó a ser un campo deficitario, importador, que a mediados de los años setenta configuró un problema de seguridad nacional: La dependencia alimentaria. El México rural fue sistemáticamente desarticulado y con ello toda su fuerza de trabajo, acuñándose entre algunos estudiosos por esas fechas el término de "descampesinización" para designar dicho proceso.

Fue así como batallones de campesinos emigraron a las grandes ciudades instalándose en sus periferias, fenómeno que permitió el nacimiento de la primera gran "ciudad de campesinos", Ciudad Nezahualcóyotl, misma que se convirtió en un anticipo cabal de la nueva sociedad de masas mexicana: Hacinamiento, violencia, insalubridad, descomposición familiar y social.

Y en medio de los techos de lámina, de cartón petrolizado, de la pobreza y promiscuidad, que nos recuerda la historia de "Los hijos de Sánchez", el nuevo mar urbano de las antenas de televisión. "Era el sentido de esa modernización bárbara acceder al transistor sin haber pasado por el alfabeto, y esa fue la realidad urbana mayoritaria: Cinturones de miseria cruzados por un emergente sistema nacional de comunicación masiva, marginación social con la industria de la conciencia".¹⁰

Por otra parte está el México urbano de clases medias ascendentes, la llamada "nueva mayoría nacional", principal beneficiaria de una "silenciosa revolución cultural" que tiene que ver con el desarrollo y la ramificación de los medios de comunicación

¹⁰ **Ibid.**, p. 35.

masiva y su implantación duradera, resultado del surgimiento de la televisión en los años cincuenta.

Desde su primera transmisión, el 31 de agosto de 1950, la Televisión mexicana marcó un parte-aguas en la vida social del país; integradora de la conciencia nacional, unificadora de masas, generadora de cambios en el actuar de las gentes y transformadora de la moral tradicional, son algunos de los fenómenos que se fueron desarrollando a partir de la aparición de la caja mágica. A continuación un recuento de ellos.

La televisión y sus realidades han sido el mayor cambio cultural de la sociedad mexicana en los últimos treinta años; se ha encargado de generalizar su propio ámbito de reproducción y valores, ha roto y replantado los mecanismos y vínculos de la sociedad con el pasado mexicano y ha hecho aparecer un primer tipo de cultura nacional verdaderamente masiva, un nuevo tipo de mentalidad y de credibilidad mexicana, una geografía mental que es pareja insustituible de la modernización del país (cabe mencionar que la palabra modernización tiende a ser en los hechos sinónimo de “norteamericanización”).

Para Aguilar Camín, la televisión mexicana es, por lo menos, en cinco sentidos el instrumento de la modernización de la vida mexicana. En primer lugar, como se mencionó anteriormente, es integradora de las comunicaciones del país, como unificadora de la experiencia nacional y su conexión con el resto del mundo, mediante la homogeneización de la información y de los mensajes.

En segundo lugar, es el escenario donde se verifica la ruptura más drástica con la sociedad tradicional: Los contenidos rurales y regionales de esa sociedad no existen en el mundo televisivo, salvo como show folklórico.

En tercer lugar, es la franja de conformación del criterio familiar y social de la moral colectiva. Se da aquí un fenómeno que va destruyendo paulatinamente la moral tradicional sin enfrentarse con ella. Un ejemplo vivo de esto es la telenovela y su silenciosa pero drástica ruptura con la moral tradicional.

En cuarto lugar, la televisión privada mexicana, ha empezado a constituirse en una nueva vanguardia empresarial, un foco de transnacionalización exitosa y radiación comercial a través de la publicidad.

Por último, tenemos la televisión mexicana como portadora de un set de valores y hábitos de conducta, cuya intención final sería según Carlos Monsiváis, promover una especie de eficacia dócil, una “enculturación” pasiva que moderniza sin romper, cambia sin agitar, triunfa sin rebelarse ni rasgar lo establecido.

Según los resultados de la encuesta anual (en 1999) que realiza el periódico *Reforma* sobre consumo cultural y medios en la ciudad de México, la TV continua siendo la opción preferida (37%) para pasar el tiempo libre después de las ocupaciones cotidianas durante los días laborales, empero, también revela el grado de ruptura de la moral tradicional al que se ha llegado al publicar que la TV se presenta como la opción preferida (21%) para ocupar el tiempo de ocio en los fines de semana, desplazando a un segundo lugar la opción relativa sobre el cuidado de la familia que sólo alcanzó el 17%.¹¹

Para Aguilar Camín, refiriéndose al mismo tema, “comerciales, programas, shows juveniles, concursos y auditorios en el estudio, sueñan una juventud bilingüe, internacional, secularizada, laica, precozmente sexual y precozmente consumidora,

¹¹ V. Guillermo Orozco. "El público ávido de los talk shows" ; en : **Revista Mexicana de Comunicación**, Año diez, No. 53, México, D.F., p. 49.

escolarizada, desenfadada y triunfadora; no rebelde, sino distinta, no transgresora, sino alegremente actual, rubia o castaña, proteinizada, plenamente lograda en su transfiguración genética, como si se tratara de la segunda generación de norteamericanos nacidos en México".¹²

Desgraciadamente sólo una parte de los jóvenes que tocan las puertas del futuro mexicano podrán encarnar eficazmente este sueño escapista. Lo cierto es que, para la gran mayoría, el horizonte como nuevos ciudadanos no es tan prometedor; de hecho no les promete nada ya que el dramático aumento de jóvenes en edad de trabajar en contraste con una economía que en lugar de crecer ha decrecido, no permite que el futuro de esta gran mayoría sea alentador. La realidad es que la generación de empleos no será suficiente para agraciarse a todos, sólo a esa minoría de jóvenes "modernos" pertenecientes a familias de altos ingresos (norteamericanizados) que tienen alguna posibilidad de integrarse favorablemente en esa sociedad soñada.

Las expectativas a corto plazo para los millones de jóvenes sin empleo, sin educación y sin destino, no son nada alentadoras. Es por ello que año tras año miles de estos jóvenes emigran a la frontera norte en busca de empleo y del sueño prometido (integrarse a la sociedad norteamericana o por lo menos obtener parte de los beneficios de ella). Por otra parte, nutren los batallones de la llamada marginación urbana, cuya forma juvenil de subsistir se relaciona muchas veces con la conformación de pandillas de delincuentes (en los últimos años, el fenómeno "Cholos Bands" ha proliferado, sobre todo en las grandes urbes, este fenómeno es un claro ejemplo de la transculturalización operante), drogadicción con daños irreversibles, subempleo y

¹² Héctor Aguilar Camín. *Op. cit.*, p. 39.

mendicidad.

El subempleo, la mendicidad y la economía informal, constituyen parte del opresivo horizonte de una nueva desigualdad y segregación económica como parte lacerante del destino de las grandes ciudades de México.

La solución que se le puede dar a esa "avalancha juvenil", es una de las grandes incógnitas políticas y sociales del presente siglo recién iniciado y uno de los retos más importantes para mantener la gobernabilidad del país. Como señala Lorenzo Meyer, retomando a David Hume,

si las expectativas de una sociedad se destruyen -como está sucediendo ahora entre nosotros- también se van a destruir los hábitos, y son justamente estos hábitos los que realmente mantienen la cohesión de una sociedad. Fueron en verdad las expectativas que creó el régimen postrevolucionario -y que alentó con su crecimiento económico sostenido- lo que permitió contar con el mínimo de legitimidad para funcionar por sobre sus contradicciones políticas y sociales.¹³

2.3. La transición política en el pacto corporativo y el presidencialismo

En esta década recién iniciada, las fuerzas históricas de la modernización creada por la embriaguez del capitalismo se enfrentan a las realidades y políticas subsistentes del pacto corporativo construido por el régimen priísta posrevolucionario. El pacto corporativo autoritario y la corrupción múltiple que formó las dinastías de la modernidad en la banca, la industria, el comercio, la política y los negocios, están en un proceso de cuestionamiento, sin desaparecer.

Luchan sin definición dos fuerzas históricas, dos lógicas venidas de esa

¹³ Lorenzo Meyer. **La segunda muerte de la Revolución Mexicana**, 6ta. ed., Cal y Arena, México, 1994, p. 59.

modernización. Sergio Zermeño les llamó "lógica liberal democrática", de carácter individual, ciudadana, y la lógica "nacional popular", de inspiración autoritaria, colectiva y corporativa. Al respecto Aguilar Camín, hace poco más de una década, señalaba:

No hay, por desgracia, una síntesis feliz de esas dos lógicas nacionales, que oponen la democracia al autoritarismo, la liberalización comercial al proteccionismo, los derechos de los ciudadanos a los fueros de las corporaciones, la productividad al empleo, la cultura electoral de votos libres a la cultura clientelar de intereses negociados puertas adentro, la integración económica con el exterior al aislacionismo productivo, el *agribusiness* al ejido, el Estado flaco al Estado redistributivo, el mercado y los precios reales a la economía de subsidios, la división de poderes al presidencialismo, la modernización a los derechos creados.¹⁴

Vivimos la pugna de los intereses de la sociedad y su libre iniciativa política y económica, con los intereses sedimentados del pacto en cuyas correas corrió la modernización social y económica que hoy pretende hacerlo a un lado. En este sentido, los eslabones de este pacto están sufriendo desacomodos, al grado de que puede hablarse de la necesidad de un nuevo pacto político nacional, como tantas veces lo ha señalado el presidente Fox y amplios sectores de la vida social y política del país.

Paulatinamente, hemos sido testigos en las últimas décadas de cambios sociales, económicos y, sobre todo políticos, que expresan serias rupturas o desmantelamiento del viejo pacto clientelar corporativo priísta. Quizá la más visible de estas rupturas en el tejido corporativo mexicano es la que se refiere al distanciamiento de la cúpula política poscardenista y la cúpula empresarial, misma que se dio con la nacionalización de la banca en 1982. Este "divorcio" como lo llaman Aguilar Camín y

Arturo Warman, entre otros, hizo que los empresarios buscaran con urgencia una vía política propia independiente.

El primer fruto de esta recomposición de fuerzas políticas y sociales fue Fernando Canales Clariond, derrotado aspirante panista a la gubernatura de Nuevo León en 1985 (hoy gobernador constitucional de dicha entidad federativa).

El segundo indicador que permite evidenciar este proceso de ruptura, se da cuando el eje del acuerdo institucional del movimiento obrero se pierde al erosionarse el salario real de los trabajadores en niveles jamás antes vistos a partir del gobierno de Miguel de la Madrid hasta la actualidad. Aunado a esto, los empresarios han venido sosteniendo que en México se requiere de una reconversión industrial acompañada de la "despolitización" de la economía que pervierte, por decirlo de alguna manera, el "libre" juego de los "factores de la producción". Desde esta perspectiva, el anquilosado sistema corporativista representa una traba para la transición productiva y la modernización tecnológica del país.

Por otra parte, a partir de los ochenta, el sindicalismo corporativo mexicano se fue distanciando políticamente de la institución presidencial, signo característico, entre otros, de los tiempos del neoliberalismo. En esta tesitura, es destacable el disgusto que en su momento mostró el extinto máximo líder obrero, Fidel Velásquez, debido a la postulación presidencial de Miguel de la Madrid. Posteriormente, en Junio de 1983, la disputa por los salarios provocó el mayor número de huelgas simultáneas en la historia de México (más de 3 mil huelgas, cantidad superior a todas las huelgas habidas en el sexenio anterior).

En las centrales campesinas no se registraron rupturas, empero se dio una

¹⁴ Héctor Aguilar Camín. **Op. cit.**, p. 44.

especie de "vacío político", o como lo explicó el gobierno al decir que la triste situación del campo se debió a un "descuido" en la aplicación de los recursos presupuestarios (corrupción). Por ello la gran cantidad de apoyos financieros y técnicos canalizados durante la época de los setenta, no atacó los problemas estructurales de poder, que eran el origen de la crisis y sirvió, en cambio, para el reforzamiento de las estructuras caciquiles y la ampliación del espacio y el poder del neolatifundio aún con una eficacia diferencial a lo largo del país.

La vieja central campesina, la central del campo corporativo de los años treinta, la Confederación Nacional Campesina (CNC), hoy en una reestructuración organizativa para hacer frente a los nuevos tiempos, había muerto en la práctica. A sus costados se integraron nuevos espacios de poder, en particular una nueva modalidad de cacicazgo que administraba en las regiones la penetración de las agencias gubernamentales de crédito, producción y consumo -Banrural, Conasupo, las distintas empresas productoras o reguladoras como Inmecafé o Tabamex (algunas de ellas desaparecidas durante el proceso de "desincorporación" profundizado por Carlos Salinas de Gortari)-.

Ante esta situación, surgió en el país una nueva organización de productores independientes que estaba en contra de esos poderes que monopolizaban desde la producción, hasta las instancias políticas de decisión y elección del campo mexicano, y que se hizo realidad gracias a la agricultura de alto rendimiento desarrollada por ejidatarios (es el caso de la Asociación de Ejidos Colectivos en el Valle del Yaqui y Mayo, por ejemplo).

Otra de las vertientes del desmoronamiento del corporativismo político mexicano, que fue bastión de la transición democrática, fue la insurrección electoral de las clases media en México. En la dinámica del desarrollo urbano e industrial (en donde el pacto también estaba presente) de las últimas décadas, se da la ruptura del pacto debido a una "rebelión civil" emergente de las clases medias en los últimos veinte años:

No es una rebelión sin estirpe. Ha estado ahí desde la cruzada vasconcelista de 1929, en la resistencia al autoritarismo callista. Revivió con fuerza en la agresiva inconformidad con la fundación corporativa y popular cardenista, a fines de los años treinta. Durmió luego el sueño termidoriano de la conciliación avilacamachista y la industrialización de los años cuarenta, pero creció sin cesar, con el ritmo lento y silencioso de los cambios duraderos, a todo lo largo de los sexenios del desarrollo estabilizador, cruel y excluyente para el campo y los pobres de la ciudad, pero propicio para profesionistas, burócratas, pequeños comerciantes y productores, hijos robustos y privilegiados de esa larga siesta que tuvo su dramático despertar entre los muertos y las balas de la Noche de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968.¹⁵

El movimiento estudiantil de ese año es reconocido como un hito histórico dentro del proceso de democratización del país. Significó la explosión de viejos anhelos por la participación política ciudadana, respecto a la ley, rechazo al autoritarismo, al triunfalismo y al presidencialismo imperante por décadas. Los dos gobiernos que sucedieron al de Díaz Ordaz (sexenios de Echeverría y López Portillo) adoptaron, debido al resentimiento de la sociedad y en particular de las clases medias, una política proteccionista y alentadora de este sector social que duró doce años.

En este lapso estos grupos sociales prosperaron en términos de participación política y económica; creó en ellos hábitos y expectativas que se convirtieron en derechos adquiridos. Ambos gobiernos implementaron un reformismo centrado en el desarrollo

¹⁵ *Ibid.*, p. 52.

de partidos y sindicatos relativamente independientes del poder y al hacerlo ampliaron considerablemente el campo de la participación política.

Pero el "reencuentro" no podía ser eterno: El deterioro de la economía, las violentas devaluaciones, la aceleración de la inflación y la nacionalización de la banca, sentaron las bases del repudio de las clases medias hacia las piezas centrales del sistema político: El presidencialismo, el partido oficial, la clase política y la tradicional alianza entre el Estado y las clases populares.

La cúpula política del nuevo gobierno de Miguel de la Madrid (y los gobiernos neoliberales que le han sucedido) ratificó públicamente las ineficiencias, la corrupción y el dispendio gubernamentales. Fue tanto el resentimiento de los sectores medios, que la perspectiva crítica se agudizó al grado de lograr que el gobierno entrante hiciera de sus demandas programa de gobierno: Recordemos la campaña de la "renovación moral" que reconoció como cierto el pozo de corrupción generalizada de la administración pública, tema favorito, prácticamente único, de la crítica clasemediera y del Partido de Acción Nacional (PAN).

La vocación ciudadana de democratizar y descentralizar la vida nacional, se correspondieron con los impulsos modernizadores de los grupos medios que chocaron con los intereses profundos del pacto corporativo, que, vale insistir, recoge los intereses y tradiciones de un mundo anterior, aunque simultáneo, a la modernización. Este fenómeno en los ochenta sirvió como indicador del terreno que las corrientes no corporativas habían ganado.

Es en las clases medias en donde se incuba el desacuerdo y la disidencia política y se manifiestan de manera más orgánica las aspiraciones consumistas, de empleo y políticas, a través de la opinión pública. Ello obedece a un proceso histórico signado por la conquista de reivindicaciones sociales a lo largo de este siglo. La Revolución Mexicana les ha otorgado salud, vivienda, empleo y educación. Ante lo ganado, estos grupos desarrollaron una nueva conciencia histórica, un nuevo programa de aspiraciones y disidencias.

2.4. Transición política y opinión pública

Uno de los soportes fundamentales de la transición política de nuestro país, es el papel que ha venido desarrollando la opinión pública en las últimas décadas. La opinión pública y sus instrumentos -prensa, radio y televisión-, han ido demoliendo una a una las credibilidades del gobierno entre la población más crítica e ilustrada del país.

La desarticulación del corporativismo afecta directamente a los ejes de ese sistema de dominación: al presidente y al partido. El presidencialismo mexicano ha perdido una alta dosis de su poder simbólico. La certeza ciudadana se desvanece cuando ven la ineficacia de tres sexenios consecutivos que quedaron muy lejos de llegar a donde prometieron. Perdida la magia, tiende a diluirse el respeto ritual, la credibilidad, el miedo y la esperanza que emanan de la figura presidencial.

Por otra parte, la erosión del pacto corporativo y de la presencia del presidencialismo mexicano, han llevado al partido oficial a la pérdida de votos, militantes y de la presidencia misma. Enfermo por sus deformaciones, el PRI pasó de ser un partido dominante a un partido mayoritario, un partido opositor.

2.5. El nacimiento del sistema de partidos y la transición política

Con todo, la de las clases medias es una rebelión institucional. La subversión que las anima, como en el 68, no pretende la ruptura de la ley, sino su cumplimiento. Los movimientos realizados por este sector de la sociedad pudieron hacer posible que se crearan las condiciones de diversidad y de pluralidad con la que hoy contamos. A continuación, presentamos un sucinto recuento histórico de la dinámica social que permitió iniciar la transición política en México, destacando la importancia del papel que jugaron los partidos políticos para lograr tal empresa.

El movimiento estudiantil del 68 buscaba lo más elemental: Las condiciones primarias, básicas, de la vida civil; las condiciones mínimas para practicar las libertades democráticas: No se buscaban privilegios, ni defendía interés particular alguno, sus exigencias eran de índole civil y de alcance general. Quería la libertad de los presos políticos, la derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal que sancionaba los delitos de disolución social, la desaparición del cuerpo de granaderos, el pago a los deudos de las agresiones de 26 de julio de ese año, entre otras demandas.

Los sucesos de 1968 permitieron el surgimiento de una nueva presencia social que inició la movilización para cambiar las condiciones generales de la política nacional.

Los contingentes estudiantiles anunciaron la necesidad de un cambio en la política, advirtieron que el formato, los usos y las costumbres del Estado, debían de transformarse y atender a la nueva pluralidad de la sociedad y la cultura mexicana.

Bajo esa coyuntura, los fenómenos de disidencia se multiplicaron y con ello se multiplicó también los síntomas de la pluralidad, aparecieron conflictos estudiantiles en Sinaloa, Nuevo León, Oaxaca, Puebla y Guerrero. Paralelamente a estos conflictos, aparece una insurgencia sindical; la movilización agraria retomaría nuevos bríos, se crean nuevas publicaciones, el PAN parecía superar sus conflictos internos y se expande en algunas regiones del país; surgen nuevos organismos partidistas; una guerrilla urbana y una campesina.

Todas estas manifestaciones de descontento y de expresión de nuevos anhelos políticos, estaba acompañada de un creciente proceso de deslegitimación del régimen político tradicional: Las elecciones de 1976 son ganadas en solitario por el candidato único que se registró, José López Portillo del PRI.

El PAN y el PCM (Partido Comunista Mexicano) no estuvieron en condiciones de presentarse como alternativa electoral; el primero por que acababa de pasar por una fuerte crisis interna y el segundo por permanecer artificialmente excluido de la contienda legal.

Es aquí en donde se identifica una de las realidades del sistema político mexicano autoritario vigente hasta entonces: ¿Cómo era posible que ante las condiciones nacionales mencionadas, no se lograra siquiera el registro de un candidato opositor que animara la contienda por la presidencia del país en 1976? Lo anterior obedece a que el entramado legal no recogía ni reflejaba la política real, los grupos disidentes no tenían expresión nacional, no tenían coherencia ni coordinación; no existían verdaderamente los partidos nacionales.

La debilidad de la vida electoral era producto de la ausencia de partidos y organizaciones nacionales capaces de presentar una alternativa y un desafío real a la coalición gobernante. Este éxito del régimen político imperante le permitía al PRI tener un sistema electoral no competitivo creado por las costumbres corporativistas que abarcaban todo, hasta lo más fundamental de la política que es la decisión de quién gobierna en todos los niveles del Estado.

En esta mecánica política, las reglas electorales permitían el control gubernamental de los comicios, la clausura o la entrada al sistema de partidos, la falta de canales adecuados para la representación de la oposición, la indefensión legal y la falta de apoyos a la misma.

Ante la importancia de que los partidos de oposición tuvieran representatividad en la vida política del país, esta situación de exclusión cambió radicalmente en el año 1977, cuando se empieza a organizar y a conformar un sistema de partidos (con la Reforma Electoral impulsada y diseñada por Jesús Reyes Heróles, entonces Secretario de Gobernación de López Portillo). Lo que se necesitaba ante todo era organización y coordinación de los grupos opositores, “lo que resiste apoya”; por ello el Partido Acción Nacional, por ser la institución partidaria de oposición con más experiencia (formada en 1939), logró conformarse como una organización fuerte, como un partido nacional. El PRI ya no estaría más sólo en las contiendas electorales.

Esta Reforma Electoral representó el primer paso, todavía habría de enfrascarse una lucha contra las prácticas electorales acostumbradas por el partido oficial. Pero los grupos disidentes ya estaban organizados y representados por un partido con presencia nacional, sólo faltaba que las instituciones y las reglas permitieran su desarrollo, mismo que inició con la aprobación de cuatro puntos de gran importancia:

- La creación de los diputados de representación proporcional
- Registro condicionado a los partidos emergentes
- Financiamiento público a los partidos
- Asistencia automática de los partidos con registro nacional a las elecciones locales y municipales

Con la reforma de 1977, donde se logra el derecho a la representación proporcional -la representación proporcional representa una importante vía para el desarrollo de los partidos electorales modernos- en el Congreso de la Unión, los partidos políticos de oposición adquieren una gran importancia, la cual no ha dejado de incrementarse.

Su presencia ha transformado todo: El clima político, las reglas electorales, la forma en que se ejerce el gobierno, la composición de los órganos del Estado, etc.; es decir, el *modus operandi* de la política mexicana y, lo más importante, el desplazamiento de la decisión central de quién ha de gobernar, a las manos de los ciudadanos por medio del voto.

Por ello la transición a la democracia mexicana se basa en la construcción de partidos, en organizar esas “máquinas de la democracia” de las cuales el país careció durante toda la época posrevolucionaria.

Bajo estas circunstancias, la transición se entiende como un esfuerzo político encabezado por los partidos y por los ciudadanos para instalar instituciones democráticas y hacerlas funcionar en contextos que las desconocían. Los cambios políticos a partir de los setenta, ya no se identificarían más con el término “revolución”,

sino con el de transición a la democracia, que busca mostrar la viabilidad de la lucha legal y electoral frente a los brotes de violencia política en nuestro país.

El país vivió entonces una expansión y un fortalecimiento verdaderamente nacional de los partidos políticos, mismos que ocupaban cada vez más posiciones legislativas y de gobierno. Se fortalecían ante la sociedad; prueba de ello fueron las negociaciones que permitieron sucesivas reformas electorales en donde el tema de un régimen legal y electoral equitativo, sería parte substancial del debate político nacional. Las elecciones se convirtieron en la “llave del cambio político en México” (José Woldenberg) y los partidos políticos el conducto para ganar elecciones, no el tradicional “dedazo”.